

Preámbulo a *Las confesiones* (Neuchâtel)¹

Traducción de Amparo Hurtado



HE OBSERVADO A MENUDO que, incluso entre aquellos que más se jactan de conocer a los hombres, cada cual apenas se conoce a sí mismo, si en verdad alguien se conoce; porque ¿cómo conocer a un ser sólo con relación a él y sin compararlo con nada? No obstante, este imperfecto conocimiento que se tiene de sí es el único medio que se emplea para conocer a los otros. Uno se convierte en la regla de todo y, precisamente ahí, nos aguarda la doble ilusión del amor propio, sea porque prestamos falsamente a quienes juzgamos los motivos que en su lugar nos hubieran llevado a actuar como ellos; sea, en el mismo supuesto, porque nos engañamos sobre nuestros propios motivos, sin saber trasladarnos a otra situación que aquella en la que estamos.

He hecho estas observaciones sobre todo en relación conmigo mismo, no por los juicios que he emitido de los otros, pues pronto me sentí una especie de ser aparte, sino por los que los otros han emitido sobre mí; juicios casi siempre falsos por las razones que daban de mi conducta, y tanto más falsos de ordinario cuanto más inteligencia tenían quienes los emitían. Cuanto más extendida estaba su regla, más la falsa aplicación que de ella hacían les separaba del objeto.

A partir de tales observaciones he resuelto llevar a dar un paso más a mis lectores hacia el conocimiento de los hombres, apartándoles si es posible de esa única y errónea regla de juzgar el corazón de otro según el propio; cuando en cambio sería necesario para conocer el suyo, empezar por leer en el de otro. Voy a intentar que para poder conocerse se disponga por lo menos de una pieza de comparación; que cada uno pueda conocer a sí mismo y a otro, y ese otro seré yo.

Sí, yo, sólo yo, pues no conozco hasta el momento a ningún otro hombre que se haya atrevido a hacer lo que yo me propongo. ¿Historias, vidas, retratos, caracteres? ¿Qué es todo eso? Novelas ingeniosas construidas sobre unos cuantos actos externos, sobre unos cuantos discursos que en ellas se refieren, sobre sutiles conjeturas en las que el Autor busca más el brillo personal que encontrar la verdad. Se captan los rasgos sobresalientes de un carácter, se ligan mediante unos rasgos inven-

tados y con tal que del conjunto resulte una fisonomía, ¿qué importa su parecido? Nadie puede juzgar al respecto.

Para conocer bien un carácter sería necesario distinguir entre lo adquirido y su naturaleza, ver cómo se ha formado, qué ocasiones lo han desarrollado, qué encadenamiento de afectos secretos lo ha vuelto así y cómo se modifica, para producir algunas veces los más contradictorios e inesperados efectos. Lo que se ve no es más que una mínima parte de lo que es, un efecto aparente cuya causa interna está escondida y a menudo resulta muy complicada. Cada uno adivina a su manera y pinta según su fantasía; no teme que se confronte la imagen al modelo, pues ¿cómo se nos haría conocer este modelo interno cuando quien pinta sobre otro no lo sabe ver y quien lo ve en sí mismo no quiere mostrarlo?

Nadie puede escribir la vida de un hombre excepto él mismo. Su manera interior de ser, su verdadera vida no es conocida más que por él; pero al escribirla, la disfraza; en nombre de su vida, hace su apología; se muestra cómo quiere ser visto, en absoluto cómo es. Los más sinceros son verdaderos como máximo por lo que dicen, pero mienten por sus reticencias y lo que callan cambia tanto lo que fingien confesar que, al no decir más que una parte de la verdad, no dicen nada. Pongo a Montaigne al frente de estos falsos sinceros que quieren engañar diciendo la verdad. Él se muestra con defectos, pero solamente se adjudica los amables; ahora bien, no existen hombres sin defectos odiosos. Montaigne se pinta parecido, pero de perfil. ¿Quién sabe si alguna cuchillada en la mejilla o un ojo tuerto del lado que nos ha ocultado no hubiera cambiado totalmente su fisonomía? Cardan es sin duda un hombre más vano que Montaigne, pero más sincero. Lamentablemente, Cardan es un loco tal, que no es posible extraer la menor enseñanza de sus fantasías. ¿Por otra parte, quién quisiera ir a pescar tan raras enseñanzas en diez tomos en folio de extravagancias?²⁷

Es pues seguro que si cumplo mi propósito habré hecho una cosa única y útil. Y que no se objete que por ser un hombre del pueblo no tengo nada que decir que merezca la atención de los

lectores. Quizá sea cierto acerca de los sucesos de mi vida: pero escribo menos la historia de estos sucesos en sí mismos que la del estado de mi alma a medida que me sucedían. Ahora bien, las almas sólo son más o menos ilustres según sus sentimientos sean más o menos grandes y nobles, y sus ideas más o menos vivas y numerosas. Los hechos no son más que causas ocasionales. Sea cual sea la oscuridad en que yo haya podido vivir, si yo he pensado más y mejor que los reyes, la historia de mi alma es más interesante que la de la suya.

Digo más. Si la experiencia y la observación cuentan para algo, me hallo a este respecto en la posición más ventajosa en la que se haya encontrado, tal vez, mortal alguno, ya que sin pertenecer yo mismo a ningún estado, los he conocido todos; he vivido en todos, desde los más bajos hasta los más elevados, excepto el trono. Los grandes no conocen más que a los grandes y los pequeños no conocen más que a los pequeños. Éstos no ven a los primeros más que a través de la admiración por su rango y no son vistos más que con un desdén injusto. En relaciones tan alejadas, el ser común a unos y otros, el hombre, se les escapa por igual. En cuanto a mí, atento a desenmascarlo, he podido reconocerlo en todas partes. Yo he sopesado, he comparado sus respectivos gustos, sus placeres, sus prejuicios, sus máximas. Era admitido en casa de todos como un hombre sin importancia y sin pretensiones, de forma que los examinaba cómodamente y, cuando cesaban de simular, podía comparar al hombre con el hombre, y al estado con el estado. Al no ser nada ni querer nada, no molestaba ni importunaba a nadie; entraba sin más en todas partes y en no pocas ocasiones comía con príncipes por la mañana y cenaba por la noche con aldeanos.

Si no tengo la celebridad de la cuna ni del rango, tengo en cambio otra que es más mía y he adquirido más cara; la celebridad de las desgracias. La repercusión de las mías ha recorrido Europa; han asombrado a los sabios y afligido a los buenos: todos han acabado por comprender que yo he conocido mejor que ellos este siglo sabio y filósofo; yo vi que el fanatismo que ellos creían extinguido no estaba más que disfrazado; lo dije antes de que se quitara la máscara,³ pero no me esperaba ser yo quien lo

desenmascarara. La historia de estos sucesos, digna de la pluma de Tácito, algún interés podrá tener bajo la mía. Los hechos son públicos y cualquiera puede conocerlos; mas se trata de encontrar sus causas secretas. Naturalmente, nadie ha podido verlos mejor que yo; mostrarlos es escribir la historia de mi vida.

Los sucesos han sido tan variados, he sentido pasiones tan vivas, he visto tantos tipos de hombres, he pasado por tantas clases de estados a lo largo de cincuenta años que, de haber sabido sacar provecho de mí, se diría que he vivido varios siglos. Tengo, pues, tanto por el número de hechos como por su especie, todo lo necesario para hacer interesantes mis narraciones. A pesar de ello puede que no lo sean, pero no será por culpa del sujeto, sino por culpa del Escritor. Incluso en la vida más brillante puede encontrarse el mismo defecto.

Si mi empeño es singular no lo es menos la posición que me ha llevado a tenerlo. Entre mis contemporáneos, existen pocos hombres cuyo nombre sea tan conocido en Europa, y cuyo individuo sea tan ignorado. Mientras mis libros circulaban por las ciudades, su Autor vagaba por la naturaleza. Todos me leían, todos me criticaban, todos hablaban de mí, pero en ausencia mía; yo estaba tan lejos de las palabras como de los hombres. Cada cual me imaginaba según su propia fantasía, sin el menor temor de que el original viniera a desmentirle. Había un Rousseau en el gran mundo y, en un rincón, otro que no se le parecía en nada.

No es que en conjunto pretenda lamentarme de la opinión pública sobre mí.⁴ Si en ocasiones he sido destrozado sin miramientos, también se me ha ensalzado con frecuencia. Dependía de las diversas actitudes hacia mí del público, desmesuradas tanto para lo bueno como para lo malo, pero siempre en consonancia con sus prejuicios favorables o adversos. Mientras sólo se me ha juzgado por mis libros, según el gusto e interés del lector, se ha hecho de mí un ser imaginario y fantástico, que cambiaba de cara a cada escrito que yo publicaba. Pero cuando he tenido enemigos personales, estos han dado sistemáticamente forma a sus opiniones, abundando en las cuales han establecido mi reputación, que no

podían destruir por completo. Para que no pareciese que desempeñaban un papel odioso, no me acusaban de malas acciones, verdaderas o falsas, o si me acusaban, las achacaban a mi mala cabeza, de tal modo que se creyó que a fuerza de bondad se dejaban engañar, y se alabó su corazón a expensas del mío. Pero, al fingir que excusaban mis faltas, cargaban contra mis sentimientos y, mientras parecían verme bajo una luz favorable, me exponían bajo una luz bien diferente.

Resultó cómodo adoptar un tono tan diestro. Con aire bonachón, me calumniaban amablemente; con efusiones de amistad, me hacían odioso, y compadeciéndose de mí, me despedazaban. De esta manera, mientras me perdonaban por los hechos, era cruelmente tratado por el carácter y lograron hacerme odioso alabándome. Nada más distinto de mí que esa pintura: probablemente yo no era mejor, pero era otro. No se me hacía justicia ni en lo bueno ni en lo malo: al otorgarme virtudes que no tenía, se hacía de mí un malvado y, por el contrario, con vicios que nadie conocía, yo me sentía bueno. De haber sido mejor juzgado, tal vez habría perdido entre el vulgo, pero ganado entre los sabios, y nunca he aspirado a otra cosa que a los votos de estos últimos.

He aquí no sólo los motivos que me han llevado a emprender este proyecto, sino la garantía de mi fidelidad en su ejecución. Ya que mi nombre ha de perdurar entre los hombres, no quiero que cargue con una reputación ficticia; no quiero que se me adjudiquen virtudes o vicios que no tuve, ni que se me pinte con rasgos que no fueron los míos. Si algún placer hallo en pensar que viviré en la posteridad, lo debo a cosas que me afectan de manera más próxima que las letras de mi nombre; prefiero que se me conozca con todos mis defectos, pero que sea yo, que a través de las controvertidas cualidades de un personaje que me resulta un extraño.

Pocos hombres han sido peores que yo y jamás hombre alguno ha dicho de sí mismo lo que yo voy a decir. No hay defecto de carácter más fácil de confesar que una acción baja o degradante, y se puede estar seguro de que quien se atreve a confesar tales acciones, lo confesará todo. He aquí la dura, pero sincera prueba de mi sinceridad. Diré

la verdad; la diré sin reservas; lo diré todo; lo bueno, lo malo, en fin, todo. Cumpliré rigurosamente con mi título, y jamás la más temerosa de las beatas habrá llevado a cabo un examen de conciencia como aquel para el cual me preparo; jamás habrá desplegado ella tan escrupulosamente ante su confesor los repliegues de su alma como yo voy a desplegar todos los de la mía ante el público. Que se me empiece a leer bajo palabra; no se irá muy lejos sin ver que quiero cumplirla.

Para lo que tengo que decir habría que inventar un lenguaje tan nuevo como mi proyecto: porque, ¿qué tono, qué estilo adoptar para un caos de sentimientos tan diversos, tan contradictorios, a menudo tan viles y en ocasiones tan sublimes como los que sin cesar me han agitado a mí? ¿Qué pequeñeces, qué miserias tendré que exponer? ¿en qué detalles repugnantes, indecentes, pueriles y a menudo ridículos tendré que entrar para seguir el hilo de mis secretos estados de ánimo y para mostrar cómo cada impresión que ha dejado huella en mi alma entró en ella por primera vez? Mientras enrojeczo sólo con pensar lo que tengo que decir, sé que algunos hombres duros considerarán impúdica la humillación de estas penosas confesiones; pero he de hacer estas confesiones o desfigurarme; pues si me callo algo, no se me conocerá nada, hasta tal punto todo está íntimamente relacionado, todo es uno en mi carácter, y hasta tal punto necesita este raro y singular conjunto de todas las circunstancias de mi vida para ser desvelado.

Si quisiera hacer una obra escrita con esmero como las demás, no me pintaría, me maquillaría. Pero de lo que se trata aquí es de mi retrato, no de un libro. Voy a trabajar en la cámara oscura, por así decirlo; no hace falta más arte que el de seguir exactamente los trazos que veo marcados. Mi decisión está pues tomada tanto respecto al estilo como respecto a las cosas. No me empeñaré en absoluto en hacerlo uniforme; tendré en cada momento el que me nazca, lo cambiaré según mi humor sin el menor escrúpulo, diré cada cosa tal como la siento, tal como la veo, sin rebuscar, sin apurarme y sin preocuparme por la mezcolanza. Al librarme a la vez al recuerdo de la impresión recibida y al sentimiento presente pintaré por

partida doble el estado de mi alma, a saber, en el momento en que me sucedió y en el momento en que la describo; mi estilo, desigual y natural, tan pronto rápido como prolijo, sabio y loco, grave y ligero, será parte de mi historia. Cualquiera que vaya a ser finalmente la forma de escribir esta obra, siempre será por el tema un libro precioso para los filósofos; pues se trata, lo repito, de una pieza de comparación del corazón humano, y es la única que existe.

Hasta aquí todo lo que tenía que decir a propósito del espíritu con que escribo esta obra, con el que hay que leerla, y sobre el uso que puede hacerse de ella. Las relaciones que he tenido con algunas personas me obligan a hablar de ellas tan libremente como de mí. No puedo hacerme conocer bien sin que se las conozca y no se puede esperar que, para disimular lo que no puede callarse sin perjuicio de las verdades que tengo que decir, vaya a ser más considerado con los demás que conmigo mismo. No obstante, me molestaría mucho comprometer a quienquiera que fuese y la resolución que he tomado de no dejar aparecer estas memorias mientras viva es resultado de los miramientos que deseo tener con mis enemigos en todo aquello que no tenga que ver con la ejecución de mi proyecto. Tomaré incluso las medidas más seguras para que este escrito sólo sea publicado cuando los hechos que contiene sean indiferentes para todo el mundo por efecto del tiempo, y lo depositaré sólo en manos lo suficientemente seguras como para que no se haga de él el menor uso indiscreto. De todas maneras, no me sentiría demasiado castigado si llegase a aparecer en vida mía, y apenas lamentaría el que cualquiera pudiera despreciarme después de leerme. Digo de mí cosas muy odiosas, de las que me daría horror tener que excusarme; pero es la historia más secreta de mi alma, son rigurosamente mis confesiones. Es justo, pues, que mi reputación expie el mal que el deseo de conservarla me haya llevado a cometer. Me espero la opinión pública, los severos juicios pronunciados en voz altísima, y me someto a ello. Pero que cada lector me imite, que entre en su interior como lo he hecho yo y que, desde el fondo de su conciencia, se diga, si se atreve: *yo soy mejor de lo que fue aquel hombre.*

Notas

¹ Un problema de traducción originó el breve ensayo de Philippe Lejeune «Sobre el preámbulo de Neuchâtel». Al traducir el artículo «Definir la autobiografía» para el *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (nº 5, 2001, págs. 9-18), pudimos comprobar que el texto del primer preámbulo de Rousseau, frecuentemente citado por Lejeune como clave de la autobiografía moderna, no suele aparecer en las ediciones en español de *Las confesiones*, si es que ha sido traducido en alguna ocasión. La versión que se propone es la siguiente: Jean-Jacques Rousseau, *Oeuvres*

complètes, I. Les Confessions. Autres textes autobiographiques (edición dirigida por Bernard Gagnebin y Marcel Raymond), Gallimard, 1959, pp. 1148-1155 (N. de la T.).

² Estos diez volúmenes contienen la edición (Lyon, 1663) de diversas obras de Jérôme Cardan, cuya *De propria vita liber* en realidad solamente ocupa cincuenta y cinco páginas del primer tomo (N. de la T.).

³ Véase el prefacio de mi primer *Discurso*, publicado en 1750.

⁴ Escribí estas palabras en 1764, cuando ya tenía cincuenta y dos años pero estaba muy lejos de prever el destino que me aguardaba a esa edad. Ahora tendría que cambiar demasiadas cosas en este artículo; así que no cambiaré nada en absoluto.